

# **Las memorias de los HIJOS de la militancia revolucionaria en Chile. Reflexiones en clave generacional en torno a los documentales *Venían a buscarme* y *El edificio de los chilenos*<sup>1</sup>**

THE MEMORIES OF THE CHILDREN OF THE REVOLUTIONARY  
MILITANCY. THOUGHTS ON *VENÍAN A BUSCARME* AND *EL EDIFICIO DE LOS  
CHILENOS* FROM A GENERATIONAL PERSPECTIVE

*Tamara Vidaurrázaga*  
Instituto de la Mujer, Chile  
tamaravidaurrazaga@yahoo.es

RESUMEN: A partir de los documentales *El edificio de los chilenos* (2010) y *Venían a buscarme* (2018), realizados en clave biográfica por directores que a la vez son HIJOS de militantes del MIR chileno, proponemos reflexionar teóricamente respecto del lugar generacional que le cabe a estos autores respecto de la violencia dictatorial, así como cuestionar la ubicación de sus obras en el campo de la posmemoria, en tanto se refieren a sus propias experiencias en la historia reciente. Estas preguntas nos interesan pues son útiles para debatir acerca de la autoridad narrativa de estos HIJOS de militantes revolucionarios para referirse a la dictadura, la militancia y la

<sup>1</sup> Este artículo es un producto de la investigación del Proyecto Conicyt-Fondecyt de Iniciación 11170200 “Voces intergeneracionales: madres e hijos en el contexto de la militancia de la Nueva Izquierda Revolucionaria del Cono Sur en la historia reciente (Argentina, Chile y Uruguay)”.

violencia política, en una sociedad que todavía pareciera exigir dar muestras que autoricen suficientemente una perspectiva sobre el pasado reciente.

**PALABRAS CLAVE:** segunda generación, militancia revolucionaria, posmemoria, memoria, autoridad narrativa.

**ABSTRACT:** Through of the documentaries *El edificio de los chilenos* (2010) and *Venían a buscarme* (2018), made in a biographic tone by their directors, both children of MIR militants, we propose to think theoretically about the author's generational authority in the social memories of dictatorial violence. We also suggest to reflect on their work's place in the post-memory field, as they show their own experiences within the recent past. We are concerned about these questions as they are useful to debate the narrative authority of these children of revolutionary militants about dictatorship, militancy and political violence in a society that, still, seems to be demanding the proofs that can authorize sufficiently enough any perspective on the recent past.

**KEYWORDS:** second generation, revolutionary militancy, post-memory, memory, narrative authority.

Mientras los adultos mataban o eran muertos,  
nosotros dibujábamos en un rincón.  
Mientras el país se caía a pedazos  
nosotros aprendíamos a hablar, a caminar,  
a doblar la servilleta en forma de barcos, de aviones.  
Mientras la novela sucedía,  
nosotros jugábamos a escondernos,  
a desaparecer.

Alejandro Zambra, *Formas de volver a casa*

Desde la década del 2000 emergieron en Chile producciones audiovisuales referidas a la dictadura reciente, elaboradas por HIJOS (Basile, "La orfandad") de militantes de izquierda reprimidos en la dictadura reciente (1973-1990). En ellas los autores narran su perspectiva respecto del período,

refiriéndose a la militancia y lo que significó integrar estas familias, siendo infantes en la época y habiendo experimentado las consecuencias de las represiones vividas por los progenitores.

A este corpus –que hace parte de uno más amplio aunque acotado en el país<sup>2</sup>– pertenecen *El edificio de los chilenos* (2010) de Macarena Aguiló y *Venían a buscarme* (2018) de Álvaro de la Barra, documentales a partir de los que reflexionaremos, en tanto comparten un relato en clave generacional y autobiográfico, y cuyos autores son descendientes de la militancia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR.

El análisis presentado se enmarca en una reflexión mayor respecto del *ethos* mirista (Ortiz; Ruiz), que se manifestó a lo largo de la trayectoria de esta orgánica y articuló la identidad militante en distintos períodos, y de una moral revolucionaria que deviene de esta cultura política que implicó mandatos rígidos y exigentes (Oberti; Longoni; Schmucler; Ciriza y Rodríguez; Tarcus), compartidos por la Nueva Izquierda Revolucionaria Latinoamericana de los largos sesenta (Löwy; Pozzi y Pérez), y cuyas conclusiones son parte de una investigación doctoral finalizada y otra investigación en curso.

Estos mandatos reprodujeron la dicotomía público-privado, imponiendo normas no solo sobre las conductas militantes, sino también en la intimidad de quienes se sumaron libremente al proyecto político, que exigió subordinación de los deseos y demandas personales a las exigencias públicas y colectivas de la revolución (Vidaurrázaga, “La escisión”; Oberti).

La noción de HIJOS “alude a la generación como una instancia que va más allá de sus vías de institucionalización pero que exhibe lazos de pertenencia a partir de diversas experiencias compartidas” (Basile, “La orfandad” 142). Con este término, referimos a la descendencia de la militancia revolucionaria, como colectividad que comparte infancias

<sup>2</sup> En Chile estas producciones han sido fundamentalmente audiovisuales: Alejandra Carmona, *En algún lugar del cielo* (2003); Germán Berger, *Mi vida con Carlos* (2009); Antonia Rossi, *El eco de las canciones* (2010). Guerrero narra sobre el hijo de un conocido militante del PC, sin embargo no es realizado por él sino por una tercera persona. En narrativa, existen obras de los “hijos de la dictadura” que no corresponden a hijos de la militancia de izquierda ni del MIR necesariamente sino a la generación, por tanto no hacen parte del corpus. Entre ellos se encuentran Alejandro Zambra, Alejandra Costamagna, Nona Fernández y Andrea Jęftanovic.

vividas en períodos dictatoriales al interior de familias con una cotidianidad enmarcada en una moral y mandatos militantes revolucionarios, en las que fue ineludible conocer el contexto sociopolítico a corta edad (Vidaurrázaga, “Exilios colectivos”).

Esta noción asume que la identidad de este colectivo no está determinada a partir de sus filiaciones, y que estas herencias son un punto de partida que no definen sus discursos y acciones posteriores, entendiendo al heredero en términos del filósofo francés Jacques Derrida, como aquel que tiene un doble mandato: aceptar la herencia y luego definir qué parte elige, puesto que no es alguien que solo recibe, sino que también escoge y se pone a prueba decidiendo.

Estas producciones culturales han sido catalogadas en Chile como obras de “posmemoria” de una segunda generación, cuestiones que planteamos debatir. Ello porque refieren al lugar que se tiene respecto de los recuerdos traídos al presente, además de autorizar jerarquías con mayor o menor autoridad para narrar al pasado, dependiendo de la cercanía con la experiencia represiva.

La cercanía con los hechos, y a la vez la distancia generacional de Aguiló y De la Barra, permiten obras complejas y grisáceas respecto del pasado reciente, sin idealizaciones ni juicios fáciles. Memorias escasamente socializadas de aquellos descendientes quienes, sin haberlo decidido, enfrentaron las consecuencias de las determinaciones políticas de sus progenitores y la represión de la dictadura de manera directa. Esto posibilita una comprensión más amplia de lo que significó la violencia de Estado y los modos en que se asumieron las militancias revolucionarias del período.

El MIR nació en 1965, planteándose críticamente frente a la izquierda histórica del país –particularmente del Partido Comunista, que en la época proyectaba alcanzar la revolución por etapas (Pinto)– y siendo parte de la Nueva Izquierda que vio en la Revolución cubana la constatación de la vía armada como estrategia certera para la transformación radical, calificando cualquier alianza con la burguesía como reformista (Ortega y Radrigán).

Para el historiador chileno Igor Goicovic, el MIR tuvo tres etapas diferentes: una desde 1965 a 1967, momento fundacional y de convergencia de diversas tendencias revolucionarias y con escasa incidencia real en la política nacional (Palieraki, Salinas, Sandoval). Luego otra marcada por

el castro-guevarismo, sucedida entre 1967 y 1975, cuando la orgánica logró influir en el contexto político, particularmente en el período de la Unidad Popular con los frentes de masas y su propuesta de poder popular (Leiva; Pinto; Naranjo y otros; Pérez; Ortega y Radrigán). Y la tercera en el período posterior a la gran derrota sucedida tras el asesinato del histórico dirigente Miguel Enríquez en 1975. En esta, la orgánica se reestructuró en torno a la Operación Retorno, estrategia que definió el retorno clandestino a Chile de la militancia en el exterior, para reforzar la lucha en contra de la dictadura pinochetista. Así, entre 1978 y 1986, el MIR fue parte activa de la resistencia popular tanto a nivel político, como militar y miliciano (Palma; Silva; Leiva; Pinto; Pérez).

## LAS OBRAS

*El edificio de los chilenos* de Macarena Aguiló (2010) relata la experiencia de la autora dejada en Cuba en el Proyecto Hogares del MIR, solución partidaria de familias sociales para acoger la descendencia de quienes se sumaron a la Operación Retorno a fines de los setenta.

A partir de su biografía, la narración se amplía corralmente a otros hijos e hijas que compartieron esa crianza colectiva y partidaria, además de exmilitantes implicados en este plan ya sea por idearlo, asumir el cuidado de los hijos e hijas o por haberlos dejado en estas familias.

La obra relata cómo estos alrededor de sesenta infantes vivieron a cargo de “padres y madres sociales”, primero en Europa y finalmente en Cuba, territorio propicio para una crianza revolucionaria, uno de los objetivos del proyecto. Narra las consecuencias que tuvo esta opción adulta en el presente de esos HIJOS e HIJAS del MIR: la dificultad o imposibilidad de reconstruir vínculos con los progenitores, la búsqueda de familias propias que llenaran el vacío del abandono, los reencuentros que nunca tuvieron lugar cuando el padre o la madre fueron asesinados en Chile.

Se construye, de este modo, la historia de este proyecto partidario de familias sustitutas explicando su génesis, sus etapas y relatando la cotidianidad de estos infantes en ese espacio colectivo, así como el término del mismo. Es la segunda generación la que opina, la que recuerda, la que evalúa, mostrando la autora una amplia gama de posiciones sobre

el período y la experiencia que conecta con sus propios recuerdos y conversaciones con sus progenitores y el padre social que la crió.

En el caso de *Venian a buscarme* (2018), Álvaro de la Barra es HIJO de padre y madre miristas ejecutados al inicio de la dictadura y reconstruye en el documental la travesía del autor-HIJO para reencontrarse con el país de origen, la historia de sus padres militantes y la propia experiencia que lo llevó a criarse en Venezuela con el tío paterno.

De la Barra recobra el perfil de los progenitores a quienes conoció borrosamente, identidad de hijo por la que debe luchar, puesto que solo de adulto obtiene los documentos que lo certifican como descendiente de la pareja revolucionaria, quienes pasan de ser figuras ajenas a pares asibles a través de los relatos familiares, alejados del heroísmo y martirologio que encuentra alrededor y que lo agobian.

La obra muestra imágenes de esta búsqueda adulta y de su infancia en el exilio. Entrevista a la familia y a los compañeros de los progenitores, recorre los escombros de su sala cuna y las calles aledañas donde asesinaron a sus padres cuando iban a recogerlo. Interroga a la educadora que —al no llegar los progenitores— decidió llevarlo a casa de los abuelos, a la secretaria que, sin vínculo sanguíneo, lo inscribió como hijo propio enviándolo a París para reunirse con el tío paterno.

En un relato íntimo, reconstruye su historia como niño perseguido por la represión dictatorial, habiendo vivido la clandestinidad, el cambio de identidad y el refugio en países extranjeros a corta edad; y el vínculo que adquiere —con esfuerzo— con el país natal, la familia y la memoria de los progenitores a quienes logra interpelar, a pesar que tienen menos edad en las fotografías y los recuerdos que el autor al realizar la obra.

En ambos audiovisuales, y desde el testimonio unipersonal y coral, los protagonistas-autores ponen la experiencia elaborada al servicio de preguntas generacionales y compartidas entre HIJOS de la militancia revolucionaria, ese reclamo con amor y rabia al que alude el argentino Fernando Reati: ¿por qué la elección del riesgo inherente a esta militancia y la exposición de los hijos e hijas? ¿Cuánto derecho tienen como nuevos actores a cuestionar las opciones de la generación militante? ¿Es la propia historia algo importante para el presente? ¿Valió el sacrificio no solo de la militancia sino de familias completas?

## LA PREGUNTA EN CLAVE GENERACIONAL

Estos documentales forman parte de un corpus más amplio de obras artísticas y de memoria que, en distintos formatos, han elaborado fundamentalmente en las últimas dos décadas los HIJOS e HIJAS de la militancia revolucionaria en el Cono Sur<sup>3</sup>, siendo Argentina<sup>4</sup> donde se encuentra la mayor profusión de estas producciones culturales en clave biográfica.

En estas obras la narración se impulsa mediante preguntas que anteriormente no fueron realizadas colectivamente y que buscan comprender la historia de los progenitores, no con miras hacia el pasado, sino atendiendo a la reconstitución de sí mismos como sujetos marcados por ese tiempo, cuya indagación posibilita un trabajo de duelo doloroso y reparador a la vez.

Estos autores integran un grupo acotado al interior de los llamados “hijos de la resistencia”, término referido a una infancia que vivió y sufrió los avatares de la dictadura (Castillo y González). Pertenecen a esa generación y poseen características diferenciadas al ser HIJOS de militantes revolucionarios, estando expuestos a riesgos concretos por ser un potencial foco represivo, además de crecer al alero de mandatos que esta militancia traspasó a su descendencia. Esa infancia educada (Basile, “Infancia”) que cargó con la responsabilidad de convertirse en hombrecitos nuevos para la revolución por venir (Vidaurrázaga, “Exilios colectivos”), en un contexto en el que –como señaló el Che Guevara– no había vida fuera de la revolución, ni siquiera para quienes no la eligieron.

<sup>3</sup> En Perú, *Los rendidos. Sobre el don de perdonar* (2015) y *Persona* (2017) de José Carlos Agüero; en Uruguay, *Tus padres volverán* (2016) de Carlos Martínez Pessi; en Brasil, *El año que fuimos de vacaciones* (2006) de Cao Hamburger.

<sup>4</sup> En Argentina la producción es amplia y diversa respecto de tipos de narrativas utilizadas, algunas de estas son: Albertina Carri, *Los rubios* (2003); María Inés Roqué, *Papá Iván* (2004); Benjamín Ávila, *Nietos* (2004) e *Infancia clandestina* (2011); Mariana Eva Pérez, *Diario de una princesa montonera* (2012); Paula Markovitch, *El premio* (2013); Julian Axat, *Neo* (2012); Raquel Robles, *Pequeños combatientes* (2013); Virginia Croatto, *La guardería* (2015); Felix Bruzzone, *76* (2014); Nicolás Prividera, *M* (2017). Las razones de esta mayor profusión de obras pertenecientes a este segmento de HIJOS de la militancia de izquierda es un tema relevante para indagar en el futuro, sin embargo no corresponde a los objetivos del presente artículo.

Para ello, resulta útil la noción de “estratificación de la violencia” propuesta por el sociólogo húngaro Karl Mannheim, que se refiere a que lo vivido por los jóvenes serían primeras impresiones constituidas posteriormente como imágenes naturales del mundo. Así, las experiencias ulteriores se orientan hacia esa primera impresión, como afirmación o negación de ese estrato, produciéndose una “dialéctica de la vivencia” y un predominio de estas impresiones que determinan lo posteriormente vivido.

Para el autor, una generación no se mide solo biológicamente, sino sobre todo histórica y socialmente, y el aporte de las nuevas generaciones es que requieren olvidar una parte del pasado para emerger con sus propias perspectivas acerca del mismo. Una generación es una construcción cultural, en tanto implica una localización histórico-social que le otorga similitudes a quienes la integran, comprendiéndose multidimensionalmente y abarcando aspectos subjetivos e identitarios (Mannheim), cuestión evidente en los HIJOS de la militancia mirista en Chile.

Para el historiador chileno Víctor Muñoz Tamayo, el cambio generacional depende de la vivencia sociohistórica que comparte un grupo social coetáneo y, a la vez, de cómo este la interpreta subjetivamente, lo que denomina “marcas epocales, de la memoria y la identidad”, constituyendo así un “nosotros generacional” (Muñoz 115).

Al mismo tiempo, una generación se constituye cuando en su tiempo de juventud se posiciona como ejecutora de una transformación que la diferencia respecto de la precedente (Muñoz), existiendo “generaciones de enlace” (Salazar y Pinto). Estas serían resultado de marcas históricas que cambiaron abruptamente, por tanto esta juventud viviría intensamente la transición de un contexto viejo a uno nuevo, estableciendo identificaciones con la generación de las marcas ya pasadas e internalizando elementos de lo nuevo (Muñoz 136).

Así, planteamos que los HIJOS de la militancia revolucionaria constituyen una generación en sí misma, enmarcada en una más amplia de hijos e hijas de la dictadura reciente, en tanto distinguen marcas epocales, de la memoria y la identidad particulares, que los vuelve un “nosotros” a la vez que los distingue del resto de la sociedad y de los otros infantes que vivieron este período.

Asimismo, constituyen una generación enlace entre la que fue adulta –sus padres revolucionarios– y la que los precede, puesto que las experiencias

de la violencia dictatorial experimentadas en la infancia fueron cruciales y dejaron huellas profundas en sus vidas. Así, les resulta complejo diferenciarse respecto de los progenitores, quienes en el discurso revolucionario los incluyeron en un “nosotros” en el que esta infancia participaba del proyecto político, aportando como “pequeños compañeritos” (Vidaurrázaga, “Exilios colectivos”). Ello podría explicar por qué esta generación solo de adulta logró elaborar discursos propios y diferenciadores, identificándose con un “nosotros” excluyente a través de estas producciones culturales, como evidenciamos en los documentales de Aguiló y De la Barra.

Al referirnos a este grupo como una generación, asumimos que serían la segunda, cuestión obvia si entendemos que la primera implica a quienes integraron las orgánicas, resistieron a la dictadura y fueron directamente reprimidos por ello.

Si revisamos los estudios respecto del genocidio perpetrado en la Segunda Guerra Mundial al pueblo judío y a otros grupos, constatamos que la primera generación incluye a quienes vivieron los campos de concentración y las prácticas de exterminio sistemáticas, mientras que la segunda está conformada por aquellos hijos de víctimas nacidos posteriormente, en quienes se reconocen huellas de los traumas heredados sin elaboración (CINTRAS y otros 53).

En el Cono Sur, y según el Centro de Salud Mental y Derechos Humanos CINTRAS de Chile, la segunda generación comprende a aquellos “jóvenes adolescentes nacidos después del término de la dictadura, cuyos padres sufrieron la experiencia traumática de tortura y prisión política” (CINTRAS y otros 53), mientras quienes nacieron y crecieron en dictadura serían la primera generación respecto de las violaciones a los derechos humanos. Ello porque referirse a estos descendientes como segunda generación sería insuficiente, en tanto vivenciaron las represiones de sus padres e incluso fueron reprimidos directamente (CINTRAS y otros).

Para el Equipo Argentino de Trabajo e Investigación Psicosocial (EATIP), en cambio, la segunda generación alude a “hijos de afectados directos por la represión política en cualquiera de sus formas (desaparición, tortura, exilio, prisión, insilio, asesinato político)” (CINTRAS y otros 158). Esta catalogación se relacionaría con el nivel de decisión de estos menores, quienes no vivieron las consecuencias de sus determinaciones, sino de las de los adultos a cargo de ellos. Así, y tal como plantea la psicóloga chilena Margarita Díaz, del Instituto Latinoamericano de Salud Mental (ILAS):

Hablar de estos hijos como segunda generación es insuficiente, ya que ellos han experimentado y vivenciado en forma directa la detención de sus padres, la pérdida precoz y definitiva, el exilio y, en algunos casos, la detención y amenaza directa sobre ellos mismos, con el fin de obligar a los padres a entregarse o dar información. Sin embargo, las víctimas directas en términos oficiales y en su propia percepción fueron los padres. Desde esta perspectiva, los hijos son segunda generación, a ellos les corresponde reparar el daño hecho a los padres (209).

Esta clasificación no resulta simple atendiendo lo que plantea EATIP, respecto de que el daño producido por estas experiencias traumáticas fue multigeneracional, puesto que simultáneamente fueron afectadas varias generaciones; intergeneracional, al producirse conflictos entre generaciones, y transgeneracional, puesto que los efectos de este daño reaparecen de maneras diversas modos en las generaciones siguientes (Kordon y otros).

Así, esta noción reconoce que no solo los adultos fueron afectados por la represión en un sistema dictatorial, sino también la infancia del período, cuestión evidente en el caso de estos HIJOS del MIR, en tanto hacia ellos también se orientó la violencia de los aparatos del Estado.

Si en algo concuerdan los especialistas acerca de de los traumas provocados por las violaciones a los derechos humanos de las dictaduras del Cono Sur, es que la descendencia de víctimas directas nacida en dictadura y posteriormente a ella evidencia distintos tipos de afectación. Esta diferencia es resultado de la represión dictatorial sobre toda la ciudadanía, y en particular hacia la militancia resistente, así como de las decisiones de los progenitores respecto de sí mismos y de los riesgos de hijos e hijas, cuestión más compleja de poner en debate. Tal como plantea la argentina Mariela Peller, estos descendientes sostienen

... cuestionamientos incómodos no solamente en la operación de elegir su herencia, sino también desde el lugar del que ha sufrido en carne propia las elecciones de otros (los padres, los políticos, las FF. AA, la sociedad). Si bien no han sido protagonistas plenos de la violencia de los setenta han formado parte de esa escena y han sufrido sus consecuencias (27).

El educador argentino Sergio Guelerman complejiza este debate, señalando que la primera generación se caracteriza por cargar con la pesadilla de la experiencia vivida, por lo que deben olvidar para seguir viviendo; mientras que la segunda carga con el deber de memoria de quienes los anteceden, siendo responsables de recordar. Así indica que esta generación es:

... ni sólo descendientes ni puros sobrevivientes. Sobreviven a sus progenitores, habiendo sido al mismo tiempo objetos directos del terror. Son el residuo de la matanza, la mancha de sangre en la alfombra que la sociedad no consiguió limpiar. Cargan en sus espaldas con el deber del descendiente y con la pesadilla del sobreviviente. Protagonistas involuntarios de dos relatos complementarios que reúnen en su historia las vertientes de la memoria y del olvido (deben olvidar para vivir, deben recordar para vivir) (Guelerman 58).

La descendencia de la militancia sería, por tanto, una generación de enlace ubicada entre la primera y la segunda, en tanto vivieron en carne propia no solo el clima de terror social del período; sino violaciones directas a sus propios derechos humanos: crecer en la orfandad, ser detenidos, vivir con identidades clandestinas, visitar a los padres y madres en las prisiones, el exilio, el insilio y el retorno. Al mismo tiempo, no tomaron las decisiones que determinaron en parte estas consecuencias, debiendo recordar y olvidar al unísono para cumplir con los mandatos generacionales y a la vez seguir viviendo.

#### ACERCA DEL USO DEL CONCEPTO DE POSMEMORIA

Respecto de las producciones culturales de HIJOS e HIJAS en Chile, los análisis refieren a estas como trabajos de posmemoria, término de la autora norteamericana de origen judío Marianne Hirsch, quien lo utiliza para denominar a aquellos hijos e hijas de sobrevivientes al genocidio judío nacidos después de la Segunda Guerra Mundial y que –no habiendo experimentado directamente estas violencias– portan las secuelas del daño transmitido generacionalmente debido a su magnitud (Hirsch).

Autoras chilenas, como la socióloga y cineasta Claudia Barril y la investigadora Milena Gallardo, han estudiado estas producciones – ampliando el foco más allá de los HIJOS de la militancia a la generación completa de hijos de la dictadura– y las han definido como obras de posmemoria (Barril, Gallardo); mientras que la socióloga chilena Daniela Jara se refiere a las narraciones de este conglomerado como posmemoria, sumando el análisis de Aleida Assman, quien –aludiendo a las generaciones judías nacidas después de la Segunda Guerra– reelaboran una experiencia indirecta aunque crucial para la identidad, por lo que resulta válida (Jara).

La crítica Alicia Salomone se refiere a la producción poética de hijas de la militancia en Chile utilizando la resignificación que Gilda Waldman hace de la noción de Hirsch, la propone para comprender las complejidades de las memorias de quienes nacieron durante o después de las dictaduras del Cono Sur y señala que quienes no protagonizaron los hechos traumáticos pueden tener recuerdos sobre los mismos al crecer rodeados de estos relatos que impactaron en sus subjetividades, aunque no puedan comprenderlos ni recrearlos completamente (Waldman en Salomone).

Así, se alude a estas obras como elaboraciones que refieren a experiencias de otros, pues la noción de posmemoria remite a una memoria tardía y secundaria, mediada y heredada por la primera generación (Hirsch). Esto podría comprenderse para hijos nacidos luego de la dictadura o incluso para quienes –naciendo en este período– tuvieron poca noción de lo que entonces sucedía, sin embargo, resulta discutible para analizar producciones culturales de HIJOS e HIJAS de la militancia en el Cono Sur y particularmente del MIR chileno.

En los documentales mencionados, dos cosas cuestionan la noción de posmemoria en que han sido encasilladas este tipo de obras. Primero, que sus autores nacieron en dictadura y tienen memoria propia sobre lo que significó ese período, vivieron directamente las represalias y consecuencias del mismo. Segundo, las obras no se refieren tanto a la generación de los progenitores sino a la propia, reelaborando la historia reciente desde un lugar personal y autobiográfico. Justamente es la propia memoria de infancia en dictadura de HIJOS de la militancia revolucionaria donde reside el mayor de los aportes de estos audiovisuales.

En el caso de Aguiló, el documental alude sobre todo a la experiencia propia y de sus pares en el hogar colectivo partidario, los peligros y

temores a los que estuvieron expuestos, la separación de los progenitores –en algunos casos definitiva–, la formación revolucionaria en la isla, las dificultades del reencuentro, el retorno al país idealizado. Retoma su propia historia mediante recuerdos infantiles recuperados desde la adultez cuando se permiten revisar las decisiones adultas y preguntar(se) a su generación por las consecuencias de las mismas.

En el caso de *De la Barra*, la narración es su propia historia y búsqueda, la cámara lo muestra niño y adulto, recorriendo aquellos lugares donde vivió de pequeño. El documental se concentra en lo que implicó para el autor las elecciones de los progenitores y la represión dictatorial, constituyéndose un relato que avanza dificultosamente y que devela lo complejo del trabajo realizado.

Así, cuando Barril señala que las obras que analiza en su libro pertenecen a quienes no tendrían un recuerdo propio de la violencia, siendo una memoria heredada, o cuando Gallardo indica que estas obras son imágenes poéticas que representan contenidos de memorias traumáticas transgeneracionales, puesto que no vivieron la dictadura en la adultez, se asume que la violencia dictatorial solo fue experimentada por el mundo adulto y que esta generación posterior solo portaría una memoria heredada y transmitida de ese tiempo.

Esta perspectiva desconoce la etapa de la infancia como una compuesta por sujetos que tienen comprensión –incluso si no es cabal– de lo que sucede en tiempos de emergencia, aprehensión ineludible en el caso de los HIJOS de militantes revolucionarios, quienes asumieron comportamientos y responsabilidades adultas, tanto por las exigencias del entorno como por los mandatos militantes heredados (Vidaurrázaga, “Exilios colectivos”).

Volviendo a la conceptualización propuesta por Hirsch, la posmemoria implica la herencia de un pasado traumático por parte de la descendencia que no lo vivió directamente, pero que lo porta. Idea similar a la del daño transgeneracional, transmitido desde los protagonistas hacia sus descendientes, quienes heredan el trauma no por la experiencia propia, sino por transferencia. Quizá el mejor ejemplo de una producción cultural que efectivamente podemos catalogar como de posmemoria es la famosa obra del estadounidense Art Spiegelman: *Maus (1980-1991)*. Novela gráfica en la que el autor narra la experiencia de sus progenitores sobrevivientes de Auschwitz, durante la Segunda Guerra Mundial.

Spiegelman no vivió la experiencia de los campos ni la persecución nazi, nació en Estados Unidos, país que recibió a sus padres en tiempos de paz. Sin embargo, su obra evidencia aquello a lo que Hirsch se refiere: las huellas de ese pasado que influye en su vida y porta como imágenes transmitidas de manera directa o indirecta. Su presente está marcado por la experiencia de los campos aunque nunca pisó uno, transmisión que le permite a la vez un conocimiento y una distancia, lo que posibilita una obra grisácea en términos memorialísticos, alejada de dicotomías rígidas y que señala cuestiones incómodas para la escucha social, como que su padre –víctima del nazismo– fue racista con los afroamericanos.

Así, la posmemoria es “una memoria de segunda mano, que recrea y recupera una experiencia que no fue vivida o que ha sido transmitida de manera indirecta” (Hirsh 200). Esta descripción, fructífera para comprender cómo las memorias y los traumas atraviesan generaciones e implican a quienes no vivieron el horror, resulta discutible al aplicarse a producciones culturales como las referidas en este trabajo.

Primero, porque hubo una infancia completa que en Chile vivió cotidianamente los estragos de la violencia dictatorial (Nicholls) y, más acotadamente, aquellos que las psicólogas chilenas Patricia Castillo y Alejandra González distinguen como “hijos de la resistencia” (117). Ello asumiendo que la memoria no solo se remite a lo vivido en la adultez, puesto que la infancia tiene su propia memoria, distinta, pero igual de relevante para comprender procesos sociales como la dictadura reciente.

En el caso de los HIJOS e HIJAS de la militancia revolucionaria, esto es evidente. Estuvieron más expuestos que sus congéneres –de por sí ya ubicados en situaciones de peligro solo por habitar el tiempo histórico de la represión dictatorial–, tanto por la atención que los aparatos represivos pusieron sobre ellos para amenazar a los progenitores como por los riesgos que esos adultos revolucionarios decidieron para la familia completa, incluyendo a los infantes.

Ello se constata en ambos documentales: Macarena fue secuestrada en su casa por agentes de la DINA que buscaban capturar a su padre, desapareciendo por días al ser abandonada en un hogar de menores ante la operación fallida. Álvaro es un bebé que pasa de mano en mano, al que se le borra la identidad porque es buscado por los represores, hasta que logran enviarlo a Francia, lugar seguro. Ambos viven con sus padres (Macarena con la madre, Álvaro con ambos) mientras estos

adultos militaban posteriormente al golpe de Estado, sabiendo que los hijos estaban expuestos a los riesgos elegidos para sí al continuar viviendo con ellos.

Ambas narraciones cuentan las historias de HIJOS e HIJAS con situaciones de vida muy particulares dadas las opciones adultas, planteando dudas, cuestionamientos, vislumbrando dolores expuestos ante la audiencia y proponiendo debates que han sido escasamente realizados por la generación militante. Reconstruyen la historia de la militancia no desde los actos heroicos sucedidos en lo público, sino desde la cotidianidad de sujetos humanizados en este recorrido.

Álvaro lee el diario de vida de una desconocida madre que se le presenta no ya como la militante impávida que decidió quedarse en Chile y priorizar por el proyecto político, enviando al primero de los hijos al extranjero, sino como una adolescente enamorada planeando infantiles estrategias para llamar la atención del joven anhelado. Entrevista a ese hermano que no conoce y le permite hablar ácidamente sobre las opciones tomadas por esa madre-militante. Se pregunta por qué él no fue la prioridad. Cuestiona la militancia vivida de esta manera.

Macarena entrevista a un mirista-padre, quien relata cómo su pareja tomó medicamentos para cortar la lactancia y así poder separarse de la pequeña hija de ambos. Desde el presente llora arrepentido ante lo que le parece a todas luces una brutalidad y se pregunta por qué lo hicieron. Entrevista a distintos HIJOS e HIJAS con miradas diferentes respecto de estas opciones revolucionarias: quien está agradecido de tener una madre viva, quien quiso tener un hijo para armar su propia familia, porque no se siente parte de las que formaron los progenitores tras el fin de la dictadura y la derrota del proyecto político.

Si bien abordan a los entonces adultos, los documentales se enfocan en las memorias de los HIJOS e HIJAS del MIR, una generación que apenas comienza a visibilizar esta perspectiva grisácea, cuestionadora y más compleja de lo que implicó la lucha por la revolución y la opción por la violencia política en términos humanos, tanto para la militancia como para sus descendientes y familias.

Como señala la argentina Ana Amado, estas producciones son obras de autonomía y dependencia, pues son enunciadas desde una primera persona, lo que evidencia a quien narra y a la vez es protagonista, y,

al mismo tiempo, se apegan al origen haciendo ingresar a escena a los ausentes (165-166). En el caso de los documentales analizados, estos se acercan al relatar las experiencias de la militancia, mientras que toman distancia respecto de las opciones adultas, cuestionando explícita o implícitamente aquello que asumieron pero no decidieron.

La discusión planteada resulta fructífera, en tanto los malestares de estos HIJOS han sido analizados mayormente desde la transgeneracionalidad del trauma. Sin embargo, en estas obras no solo se evidencia traspaso, sino experiencias y dolores propios vinculados a la represión dictatorial y la opción adulta por la lucha política.

Estos audiovisuales aluden a cómo estos HIJOS experimentaron su lugar en medio de la militancia adulta, a través de la búsqueda de una identidad propia marcada a fuego por la historia de un país y sus progenitores, herencia que, sin embargo, no determina sus presentes ni futuros. Con ello, aportan diversificando las memorias colectivas y permitiendo comprender la magnitud de lo ocurrido en las dictaduras recientes del Cono Sur.

#### LA AUTORIZACIÓN PARA TRANSMITIR LA EXPERIENCIA

Estas narraciones audiovisuales de HIJOS del MIR en clave autobiográfica resultan relevantes en tanto plantean cuestiones que las memorias hegemónicas en disputa se han resistido a enunciar, apuntando a zonas grises que aún provocan incomodidad.

Primero, se desmarcan de las elaboraciones del pasado reciente que relatan las víctimas directas en clave victimizante—respuesta comprensible en una etapa inicial de la posdictadura ante el negacionismo frente a las graves violaciones a los derechos humanos— y de una elaboración posterior que las reduce al heroísmo y que proviene de la propia militancia (Vidaurrázaga, “Victimización”), dicotomía que dificulta el quiebre con la generación anterior y la posibilidad de la propia voz protagónica.

Desde la mirada victimizante, ¿quién puede—estando vivo— criticar a quien experimentó lo peor? La tortura, la encarcelación, el destierro, el asesinato y la desaparición son violaciones a los derechos tan espeluznantes

que dificultan la posibilidad de cuestionar a quienes vivieron semejantes represiones. Las víctimas totales no se critican, solo se acompañan.

Desde el heroísmo, las imágenes paternas se idealizan a tal punto que referirse a ellos incorporándoles los grisáceos propios de la humanidad resulta incómodo para quienes observan, asumiendo –además– que están fuera del debate por no portar las credenciales adecuadas.

Los padres de Macarena Aguiló y De la Barra, y con ello la generación militante del MIR, no lucen en estas obras como las víctimas pasivas de una historia ineludible. Tampoco como los héroes de una epopeya. Son interrogados respecto de los jóvenes que fueron en el pasado, en calidad de padres y madres imperfectos. En el caso de Macarena personalmente, en el de Álvaro a través de los recuerdos que construye con apoyo de familiares y compañeros de militancia.

Segundo, y a partir de lo anterior, destraban la dicotomía arbitraria y patriarcal de los espacios público-privado, a contracorriente del *ethos* revolucionario que reprodujo estas jerarquías y antepuso el proyecto político –colectivo y público– a lo privado y personal (Vidaurrázaga, “La escisión” y “Exilios colectivos”). Así, como bien señala Jara refiriéndose a los discursos de la segunda generación que vivió su infancia en dictadura, actúan como “contramemorias” que superan ese divorcio artificial (144).

Tercero, se refieren a memorias de quienes, siendo infantes, vivieron de igual forma la violencia dictatorial, desde un lugar diferente al adulto. En el caso de estos HIJOS, los documentales evidencian cómo estuvieron expuestos a la violencia aún más que sus congéneres, en tanto tuvieron mayor claridad de la situación del país (Vidaurrázaga, “Exilios colectivos”).

Así, estas memorias subterráneas (Pollak) de una generación que comienza a narrar sus propios recuerdos y evaluaciones acerca del pasado reciente funcionan como contramemorias (Jara) que subvierten aquellas monumentalizadas por los organismos de derechos humanos y los sobrevivientes, basadas en la dicotomía victimización-heroísmo a la que nos referimos antes, ampliando una gama de grisáceos sobre lo decible y audible que complejiza el análisis. En estos documentales, el lugar de la enunciación de HIJOS de la militancia revolucionaria abre perspectivas en las batallas por las memorias y visibiliza una mirada crítica desde el interior de la “familia partidaria” del MIR.

Los autores se ubican dentro –por la experiencia compartida con los progenitores– y a la vez se distancian en términos generacionales, lo cual amplía la comprensión del pasado reciente y nos interpela a repensar colectivamente los modos en que las militancias revolucionarias se vivieron, a partir de lo que implicó para esta descendencia.

Esto resulta relevante para quienes estudiamos el período y sus consecuencias, en tanto el deber de un tipo de memoria sellada e impoluta de la militancia obstaculiza la posibilidad de preguntas necesarias, transcurridas casi tres décadas desde el fin de la dictadura en Chile. Tal como señala el historiador francés Henry Rousso, la defensa del deber de memoria por parte de la militancia buscando salvaguardar ideas puras sobre el pasado puede implicar mentir y falsear.

Estas voces generacionales nuevas y críticas son posibles porque los marcos sociales de la memoria se transforman y, como señala la socióloga argentina Elizabeth Jelin, los nuevos procesos históricos, coyunturas y escenarios sociales y políticos modifican los marcos interpretativos, permitiendo comprender la experiencia pasada y con ello las expectativas de lo que viene (15).

Al mismo tiempo, los HIJOS, sin ser las víctimas oficiales directas del terrorismo de Estado, pertenecen al grupo cerrado de los familiares, que en el Cono Sur ha tenido mayor autoridad para referirse a estos temas, aunque en menor medida que los progenitores. Ello a partir de una suerte de escalafón de voces mayor o menormente autorizadas, calificación vinculada a la cercanía corporal y psíquica respecto de la experiencia represiva, autoridad basada en lo que el catalán Ricard Vinyes llama “biologismo memorial”, el daño sufrido en el cuerpo y la mente por el individuo, como activo de la memoria transmisible (*Memorias*). Para el autor, no debiera instalarse el sufrimiento como denominador común y autoridad de la memoria transmisible, puesto que –si bien este debe conocerse como resultado de la vulneración de los derechos de las personas– fueron las prácticas de transgresión a estos regímenes autoritarios aquello común a la resistencia frente a las dictaduras.

Con resistencia no solo se refiere a las acciones enmarcadas en militancias políticas, sino a todas aquellas prácticas de disidencia informal de la ciudadanía que no aceptó la imposición violenta represiva. Mientras el dolor sería una experiencia no elegida, la transgresión sería un valor

recuperable como patrimonio democrático y por tanto capital transmisible en el tiempo (Vinyes, *Memorias*).

En el caso de estos HIJOS-autores, aun siendo parte de esta autoridad devenida del biologismo memorial, al pertenecer a otra generación logran mayor distancia para observar la historia reciente, resignificando ese pasado heredado. Para la descendencia de la militancia revolucionaria, pareciera que esta autoridad se limitaría a permitirles voz respecto de los reales protagonistas de la resistencia a la dictadura: sus padres. Así, el escritor chileno Alejandro Zambra consigna esta secundariedad generacional vivida por quienes son hijos de la dictadura mientras los adultos mataban o morían, agudizada para la infancia en emergencia, señalando: “Mientras la novela sucedía, nosotros jugábamos a escondernos, a desaparecer” y describiendo esta posición generacional de la siguiente manera:

Cuando grande voy a ser un personaje secundario, le dice un niño a su padre.

Por qué.

Por qué qué.

Por qué quieres ser un personaje secundario.

Porque la novela es tuya (74).

Si el rol de toda generación es criticar y destronar a la anterior para construir algo nuevo, los HIJOS han sido una generación de enlace (Salazar y Pinto) fuertemente ligada a los progenitores, tanto por la dureza del contexto histórico que compartieron como por la dificultad de comparación *a posteriori* con imágenes idealizadas de héroes y heroínas a quienes resulta difícil cuestionar.

Poner la propia voz al servicio de los congéneres y no como representantes de la herencia paterno-materna es una apuesta que se observa en *El edificio de los chilenos y Venían a buscarme*. Allí los autores, ya adultos, observan en retrospectiva y valoran sus propias historias como algo interesante de poner en común, asumiéndose como narradores autorizados acerca de este pasado reciente y traumático en el que transcurrieron sus infancias y juventudes. En estas producciones, la clave autobiográfica autoriza preguntas y cuestionamientos incómodos que no pueden desoírse, prueba suficiente de autoridad. Aun sin conocer la experiencia radical del horror de la generación anterior, estos autores vivieron sus propios

espantos, acarreado traumas que problematizan y reelaboran en estas creaciones personales-colectivas.

Ambos documentales obtienen el permiso de la enunciación al ser realizados por HIJOS que, en esa calidad, pueden referirse a esos “daños colaterales” que permanecían invisibles, porque requerían de voces autorizadas para ingresar en el delicado terreno de la crítica realizada con amor –dado el vínculo– y a la vez con la rabia del reclamo, como lúcidamente señala Reati:

Para los HIJOS de desaparecidos y otros militantes que sufrieron la cárcel y el exilio, los sentimientos de amor, respeto y admiración hacia los padres se entremezclan a veces con la sensación (consciente o no) de que la opción revolucionaria que siguieron destinó a los hijos a una infancia marcada por el trauma. Es un tema incómodo, conflictivo y difícil de tratar sin apasionamientos, que forma parte de una discusión mayor sobre la responsabilidad que les cupo a los militantes en la violencia y la derrota (1).

Macarena y Álvaro interpelan con ternura a sus progenitores. Releen cartas, observan fotografías íntimas, se miran siendo infantes. Interrogan al padre social y al tío que los criaron. Al mismo tiempo, develan críticas respecto de las elecciones adultas que los obligaron a tener vidas complejas y duras, experiencias traumáticas que exponen, quizá para interrogar a quienes observamos la pantalla. La crítica a la que alude Reati es incipiente. En el caso de Aguiló, aparece en boca de otros la tristeza y el abandono. Una integrante del proyecto dice: “Yo no me siento parte de ellos, de esa nueva vida que ellos construyeron [...]. No quiero ver como [...] a mis hermanos les entregan todo lo que a mí no me entregaron porque [...] me duele cada vez que lo veo, entonces no quiero presenciarlo”. Bárbara Vergara Uribe señala: “... pero también allá estábamos pasándola nosotros no bien, estábamos ausente de ellos, estábamos un poco abandonados yo siento. Con todo el cariño que me merecen, con todo el cariño que me merece mi papá, pero estábamos como abandonados todos ahí yo siento”.

En el caso de De la Barra, se escucha en las frases con las que cierra su obra: “Mis padres lucharon por una sociedad igualitaria, y durante esa lucha eligieron tenerme a mí. Cuando el horror del golpe de Estado se instaló en sus vidas, decidieron mantenerme con ellos. Quizá su

juventud, quizá su ingenuidad los llevó a cometer ese error [...] pero el Chile de hoy está lejos de los ideales por los cuales dieron sus vidas. Y no encuentro los valores ni las convicciones que los llevaron a tomar las decisiones que tomaron”.

## PALABRAS FINALES

Los documentales referidos son producciones culturales que elaboran memorias sobre la infancia de los HIJOS de la militancia revolucionaria y, a la vez, evidencian preguntas actuales de esa generación que comienza a tener voz tímidamente en Chile.

Con estas obras, los autores realizan un trabajo de posmemoria respecto de los progenitores, pero sobre todo un ejercicio de memoria de sus propias experiencias como descendientes, relatando las consecuencias que en sus vidas tuvo la violencia dictatorial y las decisiones de sus padres frente a esta.

Pertenecer a la familia partidaria, al grupo cerrado y reconocido de las víctimas directas y sus familias, los autoriza a hablar. La distancia generacional, por su parte, les permite realizar preguntas que producen incomodidad, revisitando estas historias sin las dicotomías heroísmo/victimización, público-colectivo/privado-individual, construyendo relatos grisáceos que complejizan el análisis del pasado reciente.

Estas narrativas relevan la propia voz generacional, exigiendo escucha social; colectivizan dolores y experiencias de una infancia invisibilizada en medio de la emergencia, cumpliendo la labor de generación de enlace entre quienes son reconocidos como las víctimas directas y aquellas generaciones posteriores a la dictadura. Con ello, amplían la comprensión acerca del terrorismo de Estado, evidenciando que este implicó a un círculo más amplio que las víctimas directas, alcanzando a una sociedad completa.

Como narradores autorizados, estos creadores realizan preguntas para avanzar en el duelo necesario que permita elaborar el trauma personal y colectivo. No ya para estancarse en el pasado infantil, literal y repetitivamente, sino interrogándolo desde la adultez, reafirmando identidades del presente y proyectándose en el futuro.

A partir de la autorización de nuevas voces que se refieran a la dictadura y sus consecuencias, se abre la interrogante acerca de cuánto falta para ampliar las palabras permitidas, excediendo los escalafones basados en el biologismo memorial que obstruyen un debate amplio sobre las implicancias del terrorismo que abarcó al país entero.

Si los HIJOS de la militancia revolucionaria enuncian tímida y escasamente sus historias y dolores, ¿qué se requiere para reconocer que la sociedad completa fue afectada por la violencia estatal y que analizar y aprender respecto del pasado reciente es tarea de todos los que compartimos este país?

La potencia de estas voces, y el desafío entonces, es cómo a partir de esta amplitud de elaboraciones desacralizadas y grisáceas acerca del pasado reciente las narrativas sobre las implicancias de la dictadura cívico-militar se amplían a toda la sociedad.

En tiempos donde el negacionismo acecha con nuevas arremetidas, esta posibilidad resulta dificultosa y, al mismo tiempo, necesaria en la perspectiva del filósofo Tzvetan Todorov, para quien la memoria no tiene utilidad hacia el pasado —que ya no tiene remedio—, sino para elegir qué aprenderemos de lo vivido con miras a un futuro donde estos males no tengan posibilidad de repetirse.

Tal como señala Vinyes (“La memoria”), la memoria debe dejar de entenderse como un deber con el que algunos cargan y comprenderse como un derecho civil de las sociedades, buscando construir futuros en los que las democracias sean resultado participativo de las grandes mayorías.

## BIBLIOGRAFÍA

- AMADO, ANA. *La imagen justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. Buenos Aires, Colihue, 2009.
- BARRIL, CLAUDIA. *Las imágenes que no me olvidan. Cine documental autobiográfico y (pos)memorias de la Dictadura Militar chilena*. Santiago, Cuarto Propio, 2013.

- BASILE, TERESA. "La orfandad suspendida: la narrativa de Félix Bruzzone". *CELEHIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, N° 25 (32), 2016, pp. 141-169.
- \_\_\_\_\_. "Infancia educada: el niño nuevo". *BADEBEC*, 7 (13), 155-179, 2017.
- CASTILLO GALLARDO, PATRICIA Y ALEJANDRA GONZÁLEZ. "Niñez en dictadura: lo filiativo como espacio de resistencia". *Revista de Geografía Espacios*, N° 6, vol. 3, 2013, pp. 117-131.
- CINTRAS Y OTROS. *Daño transgeneracional: consecuencias de la represión política en el Cono Sur*, Santiago, Lom, 2009
- CIRIZA, ALEJANDRA Y EVA RODRÍGUEZ. "Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT /ERP". *Políticas de la Memoria*, N° 5, 2004-2005.
- DERRIDA, JACQUES Y ELISABETH ROUDINESCO. "Escoger su herencia". *Y mañana, qué...* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- DÍAZ, MARGARITA. "Familia y represión política. Trauma y contexto social: consecuencias transgeneracionales". *Proposiciones*, N° 26, 1995, pp. 208-218.
- GALLARDO, MILENA. "Posmemoria y cine documental. Imágenes poéticas en *El edificio de los chilenos* de Macarena Aguiló". *Memoria e imaginación poética en el Cono Sur (1960-2019)*, Alicia Salomone, editora, Buenos Aires, Corregidor, 2015.
- GOICOVIC, IGOR. *Trabajadores al poder. El MIR y el proyecto revolucionario en Chile. 1965-1994*. Santiago, Escaparate, 2016.
- GUELERMAN, SERGIO. *Memorias en presente. Identidad y transmisión en la Argentina posgenocidio*. Buenos Aires, Editorial Norma, 2001.
- HIRSCH, MARIANNE. *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Madrid, Carpe Noctem, 2015.
- JARA, DANIELA. *Children and the Afterlife of State Violence. Memories of Dictatorship*. Nueva York, Palgrave Macmillan, 2016.
- JELIN, ELIZABETH. *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2017.
- KORDON, DIANA Y OTROS. "Memoria e identidad", 1999. [www.eatip.org.ar/textos/MEMORIAEIDENTIDAD.htm](http://www.eatip.org.ar/textos/MEMORIAEIDENTIDAD.htm).

- LONGONI, ANA. "El mandato sacrificial". Ponencia presentada en jornada académica "Partidos armados en la Argentina de los setenta", Universidad Nacional General, 2007.
- LÖWY, MICHAEL. *El marxismo en latinoamericana*. Santiago, Lom, 2007.
- MANNHEIM, KARL. "El problema de las generaciones". *Reis*, N°62, 1993.
- MUÑOZ, VÍCTOR. "Juventud y política en Chile. Hacia un enfoque generacional", *Última Década*, N° 35, diciembre 2011, pp. 113-141.
- LEIVA, SEBASTIÁN. *Revolución socialista y poder Popular. Los casos del MIR y el PRT-ERP 1970-1976*. Santiago, Escaparate, 2010.
- NARANJO, PEDRO Y OTROS. *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria MIR*. Santiago, Lom, 2004.
- NICHOLLS, NANCY. "Los sonidos del golpe: la experiencia de los niños bajo dictadura militar en Chile". XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche, Universidad Nacional del Comahue, 2009.
- OBERTI, ALEJANDRA. "La moral según los revolucionarios". *Políticas de la Memoria*, N° 5, diciembre 2004-2005.
- ORTIZ, MATÍAS. "La violencia en la construcción identitaria mirista, una perspectiva generacional (1965-1969)". *Izquierdas*, N° 15, 2013, pp. 125-140.
- PALIERAKI, EUGENIA. *¿La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*. Santiago, Lom, 2014.
- PALMA, JOSÉ. *El MIR y su opción por la guerra popular. Estrategia político-militar y experiencia militante 1982-1990*. Concepción, Escaparate, 2012.
- PELLER, MARIELA. "Experiencias de la herencia. La militancia armada de los setenta en las voces de la generación de las hijas y los hijos". *Revista Nudos en Psicoanálisis*, N°2, pp. 21-29.
- PÉREZ, CRISTIÁN. "Historia del MIR. 'Si quieren guerra, guerra tendrán'". *Estudios Públicos*, N° 91, 2003.
- PINTO, JULIO. "¿Y la historia les dio la razón? El MIR en dictadura 1973-1981". *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet. Vol I*. Santiago, Lom, 2006.

- POLLAK, MICHAEL. *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata, Al Margen Editora, 2006.
- POZZI, PABLO Y CLAUDIO PÉREZ. *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. Santiago, Lom, 2012.
- ORTEGA, MIRIAM Y CECILIA RADRIGÁN. *Con vista a la esperanza*. Santiago, Escaparate, 1998.
- REATI, FERNANDO. “Entre el amor y el reclamo: la literatura de los hijos de militantes en la postdictadura argentina”. *Revista Alternativas*, N°5, 2015.
- ROUSSO, HENRY. “El duelo es imposible y necesario”, entrevista por Claudia Feld. *Revista Puentes*, N° 2, diciembre, 2000.
- RUIZ, OLGA. “Muertes luminosas, vidas en la oscuridad. Heroísmo y traición en la militancia revolucionaria de los setenta en la Argentina y Chile”. *Izquierdas*, N° 40, 2018, pp. 202-230.
- SALAZAR, GABRIEL Y JULIO PINTO. *Historia contemporánea de Chile V. Niñez y juventud*. Santiago, Lom, 2002.
- SALINAS, SERGIO. *El tres letras*. Santiago, Ril Editores, 2013.
- SALOMONE, ALICIA. “Ecos antiguos en voces nuevas. Pos-memorias poéticas de mujeres en Chile y Argentina”. *América sin Nombre*, N° 16, 2011, pp. 121-130.
- SANDOVAL, CARLOS. *Movimiento de Izquierda Revolucionario 1965-1970. Coyunturas, documentos y vivencias. Tomo I*. Santiago, Quimantú, 2014.
- SCHMUELER, HÉCTOR. “Los relatos de la traición”. *Revista El Ojo Mocho*, N° 9/10, 1997.
- SILVA, ROBINSON. *Resistentes y clandestinos. La violencia política del MIR en la dictadura profunda, 1978-1982*. Concepción, Escaparate, 2011.
- TARCUS, HORACIO. “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”. *El Rodaballo*, N° 9, 1998-1999.
- VIDAURRÁZAGA, TAMARA. “La escisión entre lo individual y lo colectivo en la moral revolucionaria militante de la Nueva Izquierda”. *Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura*, N° 4, 2012.
- \_\_\_\_\_ “Victimización y heroísmo. Disputas de las memorias emblemáticas de la izquierda chilena en dos fechas conmemorativas:

aniversario del golpe de Estado y día del joven combatiente”. *Fronteras*, Nº 2, vol. 1, 2014.

\_\_\_\_\_ “Exilios colectivos y revolucionarios: los hijos del MIR y Montoneros en los hogares colectivos de Cuba”. *Exilios del Cono Sur: género, generación y clases*, Jimena Alonso, María Eugenia Horvitz y Carla Peñalosa, Santiago, Cuarto Propio, en prensa.

VINYES, RICARD. “Memorias, relatos, museos”. Intervención en el panel “Iniciativas y proyectos nacionales de Museos de Memoria” de la conferencia internacional “Experiencias nacionales e internacionales de Museos de la Memoria”, FLACSO, Chile, 5 y 6 de noviembre 2009.

\_\_\_\_\_ “La memoria histórica no es un deber, es un derecho civil”. *Diario Norte*. 6 de marzo de 2016. [https://www.eldiario.es/norte/euskadi/Memoria-Historica-deber-derecho-civil\\_0\\_491701217.html](https://www.eldiario.es/norte/euskadi/Memoria-Historica-deber-derecho-civil_0_491701217.html)

ZAMBRA, ALEJANDRO. *Formas de volver a casa*. Santiago, Anagrama, 2011.

Recepción: 13.09.2018

Aceptación: 07.01.2019